# ESCLAVA DEL TERROR

## TRES MESES EN EL INFIERNO DE LOS YIHADISTAS

YINAN

THIERRY OBERLÉ

PENÍNSULA HUELLAS

# Esclava del terror

## Yinan

Thierry Oberlé

Tres meses en el infierno
de los yihadistas

Traducción de María Méndez

*ediciones península*

Título original: *Esclave de Daesh*

© Librairie Arthème Fayard, 2015

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra, que será
sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a
Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: febrero de 2016

© de la traducción del francés: María Méndez Gómez, 2016

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2016
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

ĀTONA VÍCTOR IGUAL - fotocomposición
ROMANYÀ VALLS - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 306-2016
ISBN: 978-84-9942-478-1

# ÍNDICE

1. La separación 15
2. Una infancia yazidí 36
3. La prisión de Badush 56
4. Vendida 72
5. En la guarida de los monstruos 90
6. Viaje al fondo del infierno 108
7. La gran evasión 123
8. Luchó por mí 143
9. Quiero que el mundo sepa 159

Epílogo de Thierry Oberlé: Sin simpatía por el diablo 179

1

# LA SEPARACIÓN

«El Dáesh ataca» — La desbandada kurda
— Por el camino del éxodo — Una razia meticulosa
— «Los hombres a la derecha, las mujeres a la izquierda»
— Deportada

Esta noche la pesadilla ha vuelto a mí. Los hombres sin rostro desfilaban, la espada a la cintura y el Kalash en bandolera. Pasaban por la aldea. Eran miles. Una horda de combatientes sin ojos, ni nariz, ni labios. Un ejército de sombras en una noche cerrada. Llevaban antorchas; la calle era un ascua sin fin y nuestras moradas, hogueras. Los hombres sin rostro gruñían como osos, aullaban:

—¡Masacradlos a todos!

Cruzaron el umbral de nuestra casa de adobe y me derribaron con una ráfaga de metralleta.

Me despierto. El corazón me late con fuerza.

Una luz pálida barre la habitación con cortinas caladas. Me doy la vuelta en la cama, temblando por la pesadilla. Walid, mi marido, lleva dos semanas ausente. Mi amor es albañil en la obra de un edificio en Suleimaniya, una gran ciudad del Kurdistán iraquí rodeada de montañas.

De la cocina escapa un olor a potaje de lentejas. Mi suegra está preparando el desayuno. La casa de los padres de Walid despierta poco a poco. Nesrine, la hija mayor, y su hija Rezan aún duermen. Amina, la menor, ha empezado una partida de

cartas en su móvil cuando el aparato empieza a vibrar. Su prima Diana llama desde una aldea cercana a la nuestra:

—¡El Dáesh ha entrado en la aldea! ¡El Dáesh ataca!

Yo ya esperaba tener que partir precipitadamente un día u otro. Me oprimía una sensación de peligro inminente desde hacía varios días y, con ella, la impresión terrorífica de que iba a derrumbarse un mundo: el mío. Nunca había sentido nada parecido. Un cataclismo ineludible se abalanzaba sobre mí, llevándoselo todo a su paso.

Hay que salir sin perder tiempo. Jero, el padre de Walid, apremia a su gente, el pequeño grupo femenino. Amsha, su mujer, se lamenta en la cocina; oigo el estrépito de una pila de cacharros que cae al suelo. Retiro el kilim de lana colocado al pie de nuestro lecho y, con ayuda de Jero, levanto la losa de cemento. Saco del escondrijo una bolsa de cuero y una media de punto cubierta con una capa de polvo de yeso. Las cosí después de nuestra boda para guardar nuestro tesoro: alrededor de tres mil dólares en oro y plata. Nuestra fortuna. Jero me dice que me apresure.

—¡Vamos, date prisa! ¡Recoge todo eso!

Nesrine se impacienta con Rezan, que está llorando. Duda al elegir las cosas de la niña que quiere llevarse. Rezan está aprendiendo a caminar y apenas dice «*dayeke*», «mamá» en nuestro dialecto kurdo. Ayudo a Nesrine a disimular entre la ropa su dinero: lleva cinco mil dólares. Su esposo, Bajtiar, tampoco está aquí; trabaja como peón en el nordeste, cerca de la frontera turca.

Mi suegro nos hace darnos prisa. Hemos cogido provisiones: pan, legumbres y agua, mucha agua, ya que el día se anuncia tórrido. Se lleva su Kalash; lo desliza bajo el asiento del coche y guarda el revólver en la guantera. Verlo con el arma en la mano, sostenerla por la culata, alivia mi inquie-

tud. Cierro los ojos, respiro muy hondo y subo al viejo Opel Vectra color marrón. Al cerrar maquinalmente la puerta trasera, siento que la cabeza me da vueltas. Sentada a mi lado en las rodillas de su madre, Rezan lloriquea. La niña es como una esponja: capta la ansiedad y se impregna de ella.

—Estás inaguantable. Cálmate, no está el día para dar la lata —refunfuña su madre.

Jero pone en marcha el motor, suelta el freno de mano y se detiene bruscamente:

—¡Dios santo, se me han olvidado los pájaros! Esperadme en el coche, son solo dos minutos.

Corre hasta la pajarera y abre la reja en medio del piar y el batir de alas. Un pájaro abigarrado abandona el palo para asomar el pico al otro lado de los barrotes, luego vacila y al fin revolotea y va a posarse en una piedra. Es el único que se aventura. La bandada de canarios no se atreve a seguirlo fuera de la jaula. En todo caso, no de inmediato. ¿Es este el momento de ocuparse de ellos?

—Apañáoslas, amigos —murmura Jero.

Los vecinos han cargado las maletas en el techo de su vehículo, pero aún no están listos. Nos vamos sin ellos. La calle principal está en plena ebullición. La noticia del desencadenamiento de la ofensiva del Estado Islámico ha dado la vuelta a la aldea, situada al pie del macizo de los montes de Sinyar. Los lugareños huyen a toda velocidad, a pie, en coche o amontonados en las cajas de las camionetas. El pánico es general. Los más previsores se han ido ya; los más atolondrados aceleran los últimos preparativos.

Entre los aldeanos más apurados por marchar reconozco a Bashir y Rojko. Ayer mismo estaban determinados a «de-

fenderse hasta el final»; al menos eso es lo que pregonaban. Pertenecen a la brigada de los vigilantes; tomaron las armas para participar en rondas nocturnas. Estallaban disparos al menor ruido sospechoso durante sus rondas, y nosotros no nos alarmábamos. Al no contar con experiencia, nuestros protectores disparaban al azar, hacia delante. Seguramente eso los tranquilizaba; y también, de paso, a nosotros. Los últimos días, los comerciantes habían mantenido bajadas las persianas de hierro de sus tiendas y los campesinos habían dejado de ir a los campos: la actividad se había paralizado. Pensábamos evacuar la aldea a hurtadillas, pero el periplo se presentaba complicado. Para librarse del dominio del Dáesh, había que bordear los montes de Sinyar y sus cumbres, para nosotros tan familiares. A continuación nuestra ruta tendría que desviarse por la zona de Royava, en el Kurdistán sirio, antes de cruzar el Tigris y entrar en el Kurdistán iraquí, más al norte, a un paso de la frontera turca, para finalmente encontrar refugio cerca de la ciudad de Zajo, donde tenemos parientes; o sea, un rodeo de más de doscientos kilómetros. Los peshmergas, los soldados kurdos, nos disuadieron de intentar tal viaje.

—¿Por qué queréis marcharos? Nosotros os protegemos; podéis contar con nosotros; sabéis que somos valientes —lanzaba a la galería en días anteriores Kekan, el jefe de los peshmergas apostados en la aldea y sus alrededores.

A los que anunciaban que querían irse a pesar de todo, los abroncaban.

—No llegaréis lejos. Los pasos entre Siria e Irak están cerrados y la frontera también. No podréis dar toda la vuelta a la montaña.

Nosotros confiábamos bastante en los peshmergas, esos hombres que, en kurdo, «no tienen miedo a la muerte». Ke-

kan era un hombre barrigudo. No se parecía en nada a la imagen que yo me hacía de Saladino, el conquistador de origen kurdo enaltecido por la historia árabe musulmana. Según decía Jero, el padre de Walid, tenía fama por haber combatido contra Sadam, que detestaba a los kurdos y a los yazidíes, aunque sus hazañas eran ya muy viejas. Sin embargo, su leyenda de combatiente sobrevivía, como una evidencia. Se le tenía respeto. Había combatido en todas las batallas de veinticinco años atrás, cuando la brutalidad del dictador de Bagdad había llegado a gasear con armas químicas a los kurdos de Halabya, cerca de la frontera iraní; era un valiente entre los valientes. Y aun así, no nos extrañó que pusiera pies en polvorosa la noche del 3 de agosto.

Kekan y su pequeña tropa salieron de la aldea poco antes de despuntar el día. Acababa de informar a los centinelas de que había empezado un ataque del Dáesh en Sinyar, la gran población de la región, en la que vivían trescientos mil habitantes. Tenía orden de replegarse; Kekan abandonó su puesto; el suyo no es un caso aislado. Las aldeas cristianas de la llanura de Nínive y la ciudad de Qaraqosh corrieron la misma suerte; de esto me enteraría más tarde.

A decir verdad, el miedo reina como señor absoluto desde hace meses. Se propagó de Siria a Irak en mayo, cuando los insurgentes sunnitas anunciaron la abolición de las fronteras para reconocer solo un país, Mesopotamia. Para nosotros, los yazidíes, el Estado Islámico de Irak y el Levante es el Dáesh, su nombre islámico.

El Estado Islámico se había apoderado en junio, sin hacer un solo disparo, de Mosul, la segunda ciudad de Irak, de dos millones de habitantes. El ejército iraquí huía en desbandada. Una escena idéntica se había vivido cerca de nuestro hogar, a unos veinte kilómetros, en Tal Afar.

Cuando cayó Tal Afar, el 20 de junio, los árabes chiitas se refugiaron en nuestra tierra. Los acogimos. Las familias con habitaciones libres se las ofrecieron a los refugiados. Los que no encontraron cobijo dormían en la escuela. Nos hablaban de la violencia del Dáesh. Yo estaba aterrorizada. En una boda a la que me habían invitado, pude conversar con una refugiada; su padre era músico y ahora ejercía su talento de flautista como nómada, acompañado al tambor por su hijo. Ella había visto a civiles derribados en la calle sin juicio previo alguno y había tratado de confortar a una prima que había sido víctima de una violación.

—El Dáesh no es el único que nos golpea. También los sunnitas, personas a las que saludaba cada mañana, nos atacaron para robarnos. Nos han hecho marchar para apoderarse de nuestros bienes.

La familia del músico lo había perdido todo, con excepción de la flauta y el tambor. Yo me decía: «Si esta gente comete tales atrocidades con los chiitas, nosotros debemos esperar lo peor». Suponía que con nosotros serían aún más salvajes que con ellos. Tenía miedo de ver caer a nuestros hombres por el honor de los yazidíes.

Nosotros no somos como los chiitas, musulmanes, ni como los cristianos, creyentes en la Biblia. Para los árabes sunnitas somos lo más bajo de la humanidad. Estamos en peligro porque nosotros, los yazidíes, somos algo aparte. Nuestra religión es una de las más antiguas del mundo. No tuvimos que esperar a los judíos, los cristianos o los musulmanes para tener un solo Dios. Nuestro calendario data de seis mil setecientos sesenta y cinco años atrás. Aunque siempre hemos querido mantenernos alejados de los conflictos confesionales y políticos, siempre nos han perseguido y masacrado por ser diferentes. Creemos en un Dios todopode-

roso y en sus siete ángeles. Aun así, desde hace siglos pasamos por ser rebeldes y paganos. Por eso vivimos retirados, al pie de los montes de Sinyar, siempre dispuestos a subir sus laderas para escapar a los incendios de nuestras aldeas y a la deportación. Estas montañas son nuestra ciudadela.

La historia se repite. Desde la caída de Mosul, estamos atrapados en una trampa que va cerrándose poco a poco. El Estado Islámico se encontraba a nuestras puertas. Había declarado el califato y había designado a su jefe, Abubakr al Bagdadi. Yo nunca había oído hablar de ese califa, que exige a todos los musulmanes que sean sus vasallos. En cuanto a los infieles, los *kuffar*, como él nos llama, había prometido aniquilarlos.

Nuestro plan es llegar hasta Ardan, la aldea de mi suegra, distante apenas diez kilómetros de la nuestra, abandonar el vehículo en un prado al pie de la montaña, escalarla, encontrar un refugio provisional y ver qué va sucediendo. Si el Dáesh se acerca, seguiremos subiendo, a pie, hacia la cumbre; si el Dáesh se aleja, bajaremos y saldremos de nuevo en coche por la carretera.

Al pasar la primera estribación, el camino se desvanece en medio de unas rocas lisas como la palma de la mano. La comitiva avanza en fila india por entre arbustos raquíticos, algunas zarzamoras de ramas largas en forma de parasol y campos de cardos verdes y malvas que muerden las piernas. La hierba que pisamos cruje por la sequedad. La tierra quema.

Tras un desfiladero aparece la entrada de una gruta. Mi suegro inspecciona el refugio con expresión recelosa, con un palo en la mano, para cerciorarse de que no perturbamos la intimidad de algún animal salvaje. En la pared rocosa, de-

lante de la entrada, un promontorio sobresale por encima de la aldea, que adivinamos bajo la bruma. ¡El escondite ideal! Desdoblo un mantel para la comida.

Desde el amanecer intento sin ningún éxito hablar con Walid por teléfono, pero no se puede llamar. La línea está saturada. Los habitantes de toda la región están haciendo lo mismo, llamar sin parar, y todos oyen la misma frase, en árabe o en kurdo: «El teléfono al que llama no está disponible en este momento; por favor, inténtelo de nuevo más tarde». Trato de cambiar de red, sin éxito.

A primera hora de la tarde, por fin da señal de llamada.

—¡Walid! Estoy en la montaña por encima de la aldea. Cómo te echo de menos. No sé qué va a pasar.

—No tengas miedo. Quédate con mi familia. No te va a pasar nada.

—Te amo, *rouhe men* («mi alma»).

—Te amo, *jiana men* («mi vida»).

Rompo a llorar. Walid trata de tranquilizarme con palabras sencillas, pero no puede hacer nada por mí. La ciudad de Suleimaniya está a varias horas de camino y la ofensiva del Estado Islámico ha aislado nuestra región del resto del Kurdistán. Al terminar la conversación, me quedo petrificada.

Aquí estamos, tendidos en la sombra.

Resuenan gritos a lo lejos. Desde el valle suben ecos de voces que rebotan contra los precipicios. Llegan desconocidos por las rocas; oímos que se acercan cada vez con más nitidez. Me levanto preparada para huir. El padre de Walid me hace una pequeña señal.

—Son fugitivos yazidíes, como nosotros.

Las mujeres llevan pañuelos para protegerse de un sol de plomo; los hombres, turbantes. Nos preguntan si sabemos qué está pasando abajo. ¿Qué camino tomar?

—Bienvenidos a nuestro modesto refugio. Espero que no os den miedo las serpientes —sonríe Jero a su paso. Intenta bromear representando el papel del anfitrión que recibe a invitados de alcurnia.

—No nos fiamos de los del Dáesh. Los de las montañas son cosa nuestra —replica un joven padre yazidí. Sus dos hijos, de apenas unos quince años, se consideran duros de pelar. Lleva cada uno un revólver en el bolsillo interior de la chaqueta y aprovechan la ocasión que se les brinda para contar sus hazañas de cazadores de reptiles. Uno aplastó la cabeza de una víbora, que bien medía un metro de largo, de un golpe seco; el otro vio «el veneno de color de miel que fluía de los colmillos» al hacerle pedazos la cabeza.

—Deberíamos haber recogido el líquido para las tostadas —fanfarronean satisfechos de sí mismos.

Otros fugitivos ni siquiera se detienen, tienen prisa por escalar las pendientes de Sinyar. Uno dice:

—Vamos al Mazar Sharaf al Din. El lugar sagrado está protegido por combatientes yazidíes. Cientos de familias se han refugiado allí. Hay lugares para protegerse, sacerdotes de nuestra religión, agua y comida.

Los grupos se suceden a intervalos irregulares, con petates sobre los hombros y arrastrando también maletas atadas con cuerdas. Quieren seguir avanzando. Los hombres abren camino a las mujeres mayores y a jóvenes con vestidos floridos de campesinas, rodeadas de sus niños. Una mujer embarazada hace un mohín. Una muchacha gime: se ha enterado de la muerte de su madre, asesinada en su casa por los yihadistas. Los yazidíes, con determinación, avanzan por el sendero del éxodo.

Nosotros esperamos sin movernos de nuestro refugio y su sombra.

En mis pensamientos me encuentro con Walid. Lo imagino en Suleimaniya, esa ciudad de un millón y medio de habitantes en la que nunca he puesto los pies.

Ya me ha contado cómo es Ankawa, una ciudad cristiana en la que trabajó en la construcción del palacete de un rico asirio. Durante su ausencia, yo contaba los días y él me hablaba de las iglesias de ladrillo con sus campanarios, que repican con gran estruendo para llamar a los fieles a la misa. Describía los escaparates de los cafés, donde los jóvenes, chicos y chicas, fuman el narguile, la pipa de agua, mientras beben Coca-Cola y cerveza, que se saca de un grifo a presión. Alcohol servido por empleados yazidíes. No podía creérmelo. Me preguntaba si no estaba añadiendo algo de su cosecha para impresionarme. Ese aroma de libertad que debía de experimentar a veces me ponía celosa. Pensaba que allí, en Ankawa, en los alrededores de Erbil, la capital del Kurdistán, podía conocer a otra mujer, una mujer con la que se cruzaría cerca de un palacio de mármol, delante de un edificio moderno de los que yo nunca he visto a no ser en la televisión.

Walid, mi alma, mi amor, lo añoro.

Una fogata alimentada con roble arde a la entrada de la gruta. A instantes ilumina el cielo. Me hago un ovillo. Los árboles, las piedras y la tierra ahora se funden en la oscuridad. He debido de quedarme dormida. ¿Y si esto fuera el fin de mi pueblo? ¿El septuagésimo tercer genocidio, pues ya hemos sufrido setenta y dos? Sus recuerdos nos los transmiten de generación en generación las historias de nuestros antepasados. Llevamos en el fondo de nuestro ser el espanto de las tragedias desde hace mucho tiempo. Mis abuelos, sus

abuelos y antes que ellos los abuelos de sus abuelos han conservado sus huellas. Igual que mis ancestros, tengo ese miedo que viene de la noche de los tiempos, el miedo al genocidio. No duermo. Creo oír un chacal. Dicen que la noche es buena consejera. No para mí, no en este momento.

La débil luz de la aurora apunta por el este. Esta mañana del 4 de agosto, mi suegro recibe una llamada menos alarmista que las otras. Un amigo ha conseguido pasar la frontera siria. Con un poco de suerte, aún es posible lograrlo, dar la vuelta a los montes de Sinyar por la carretera. ¿No valdría más arriesgarse que esperar y, en última instancia, tener que escalar la montaña a pie, bajo un sol asesino, con unas reservas de agua más que insuficientes, con el Dáesh pisándonos los talones?

Jero zanja el dilema. Nos vamos de la gruta y desandamos el camino. La mitad de nuestros compañeros de éxodo sigue nuestros pasos y el resto opta por la ascensión.

Regresamos abajo y encontramos nuestro coche. La caravana cuenta con dieciséis vehículos, viejos cacharros con motores que se ahogan. Siguiendo a otros, el Opel del padre de Walid se desliza por la carretera en una caravana que circula despacio, con las luces encendidas y levantando nubes de polvo. Un todoterreno de fabricación soviética con techo de lona se nos pega al parachoques.

—Es un UAZ, el recio precursor del Toyota Land Cruiser —comenta Jero con aire de entendido. Su propietario se lo compró a un kurdo chiita de origen iraní; se ha enterado charlando con el conductor durante una parada por un radiador sobrecalentado. El padre de Walid, apasionado de la mecánica, alaba las cualidades del modelo, su robustez, sin

lograr deshacerse de su nerviosismo; nosotras lo oímos sin escucharlo.

Intento llamar a Walid; esta vez da señal de llamada. A Walid le hierve la sangre. Piensa en salir de Suleimaniya en taxi para llegar a Zajo, la ciudad a la que esperamos llegar tras el rodeo por Siria, si conseguimos hacerlo.

—Voy a ir, pero no puedo dejar la obra sin avisar. Hablaré con el jefe a lo largo del día, le pido que me pague y me voy a vuestro encuentro. Va a ser un camino largo, aunque a ti se te hará más largo, amor mío. ¡No te preocupes!

De pronto estallan detonaciones. Bajo la cabeza instintivamente. Detrás de nuestro convoy aparecen hombres del Dáesh. El padre de Walid los ve por el retrovisor. Disparan por encima de los techos de los vehículos desde una camioneta.

—Walid, tengo que dejarte. Están aquí. ¡El Dáesh está aquí! ¡Socorro, Walid!

Los vehículos, con bandera negra, nos adelantan por un camino paralelo; circulan a gran velocidad hacia la cabeza de nuestra columna. Decenas de yihadistas asaltan el convoy disparando al adelantar a los coches. También nosotros sufrimos una ráfaga a guisa de advertencia gratuita. Aunque disparan al aire, nos quedamos paralizados. Nos adelanta un Humvee negro equipado con un lanzamisiles. Parece una caja fuerte sobre ruedas. El Humvee hace que sus ocupantes parezcan extraterrestres, pero sé que son de aquí. Puede que me haya cruzado alguna vez con ese yihadista que ha abierto la puerta del vehículo en marcha para distinguirnos. Tal vez lo haya visto durante una visita a Sinyar, antes de que la invasión sunnita arrasara con todo. En esa ocasión debía de ser un simple curioso entre la multitud anónima. Se rasca la barba con mirada animal. Lleva un pantalón de combate

arremangado hasta la pantorrilla, cinturones de munición en bandolera y una gorra de visera negra.

Cuando alcanzan la delantera del convoy, los yihadistas se amontonan y se colocan a través de la carretera. Cada camioneta está equipada con una Douchka, una ametralladora pesada que en pocos segundos puede disparar decenas de gruesos cartuchos. Los coches de los yazidíes se detienen en fila india. Mi suegro aminora la marcha antes de acelerar de forma inesperada. El Opel arranca ante los combatientes, estupefactos. Forzamos el paso por la izquierda circulando por los surcos. Misión cumplida. Bueno, casi. Por la luna trasera veo una camioneta que nos persigue. Amina y Nesrine gritan:

—¡No, papá, para!

Un proyectil penetra la carrocería y se hunde en el maletero. Apuntan a las ruedas. El padre de Walid admite su derrota, frena de golpe y sale con las manos en alto. Tengo miedo de verlo caer derribado por las balas, pero los soldados del Estado Islámico deciden otra cosa. Le ordenan que suba al coche y dé media vuelta para volver a su lugar en la columna detenida. Jero obedece.

Los yihadistas nos sacan del Opel. Causan horror, tal como los había imaginado. Algunos llevan la barbilla oculta por un pañuelo negro. Se ponen esa máscara para darnos miedo y para protegerse del polvo, pues poco les importa que los reconozcan. Su acento me dice que son árabes sunnitas de la región o de Bagdad. Me fijo en sus armas antes que en sus caras. Fusiles de asalto M16 flamantes, Kaláshnikov y granadas sujetas al cinturón.

Su comité de bienvenida nos insulta:

—Si volvéis a resistiros, os matamos —nos advierte un

tipo alto en traje de faena, haciendo ademán de decapitarnos. Escupe—. Vamos a llevaros a Al Raqa, en Siria, apóstatas, banda de perras. *Kalbat*, putas, comemierdas.

Por delante de las camionetas ondea el estandarte, con el sello de Mahoma, el profeta de Alá, y con la profesión de fe del Islam en caligrafía árabe, *la ilaha Ill-Allah*, «no hay más dios que Dios». ¿Nos conducen a Siria, tal como dicen?

Estamos solos, impotentes, frente a su hosquedad. Los pasajeros del convoy esperan en sus vehículos con las ventanillas cerradas. Todos estamos paralizados. Nuestro desatino se acaba en esta estepa, convertida en prisión a cielo abierto. Hay un centenar de vehículos inmovilizados. Los yihadistas han pedido refuerzos. Nos vigila una docena de hombres en pantalón corto y casaca militar. Decir que nos odian es poco. Trato de no cruzar mi mirada con las suyas.

Reemprendemos el camino bajo estrecha vigilancia. Cuando un coche tiene una avería, sus pasajeros lo abandonan al borde de la carretera y se apretujan en los coches que siguen. Mi suegro no se tiene de nervios, mi suegra se lamenta, la hija de Nesrine no aguanta el calor, tiene demasiada sed. Cruzamos una aldea.

A lo lejos, al pie de una señal de tráfico, diviso un cadáver hinchado: mi primer muerto; nunca había visto uno. ¿Y si yo terminara mi vida igual que este desconocido, al borde de la carretera?

Nos acercamos a un puesto de control donde reina una gran confusión. Los combatientes nos ordenan apagar los motores e ir con otras familias yazidíes que se reúnen en un terreno baldío, junto a un gran almacén de electrodomésticos. Debemos de ser al menos un millar de civiles rodeados

por esos hombres armados. Bajo la amenaza del cañón de los Kalash, avanzamos hacia una especie de puesto de control.

Los guerrilleros del Dáesh sostienen un gran saco de los que se usan en agricultura. Son jóvenes. La más mínima pregunta se salda con un puñetazo en la sien.

Entregamos nuestro dinero y todo lo demás. ¡Oro, joyas, teléfono, ordenador! ¡Y deprisa! ¡Y cuidadito con hacer trampas!

Tenemos que echar en silencio en esos sacos todos nuestros objetos de valor y documentos: tarjeta de identidad, teléfono móvil, dinero en metálico, oro, plata, joyas. Los collares y las pulseras nos los arrancan.

—¿Lo has entregado todo? —me pregunta un desvalijador con aliento de chacal. Yo asiento—. ¡Más te vale!

Previsora, antes de llegar ante él me quité del cuello el medallón dorado, saqué del marco una fotografía de mi boda y la escondí cerca de mi corazón. Deposito la cadena con el medallón, una pulsera, mis anillos, nuestro oro, nuestra plata, cada metal en su saco correspondiente. He perdido nuestro tesoro. Nos atracan igual que bandidos. A nadie se le ocurre resistirse. Arrojan los sacos del botín en la parte de atrás de su camioneta. No dejan nada al azar. Rebuscan minuciosamente en nuestros coches, uno a uno, y nos confiscan las armas.

Nos han reunido en el vestíbulo del almacén de electrodomésticos, lleno de frigoríficos, congeladores, secadoras y cocinas. Somos cientos de personas aparcadas en esta sala de exposición por un motivo que se nos escapa. ¿Qué esperan? Estoy encajada entre dos lavavajillas. Evito la confusión de los pasillos, donde es imposible moverse por falta de espa-

cio. No soy un ama de casa iraquí que sueña con un electrodoméstico, sino una mercancía que pronto se intercambiará en un mercado. Me mantengo de pie, derecha como una vela. Valgo mucho menos que el más pequeño de los hornos microondas. Los guardias nos injurian. Uno grita:

—¡Os buscamos desde hace cientos de años y ahora, al fin, estáis aquí! ¡Vosotros, *kuffar*, apóstatas; vosotros, ateos! ¡No vamos a dejaros escapar!

Después de un largo rato, nos ordenan que volvamos a subir a los vehículos sin más explicación.

El convoy vuelve a ponerse en marcha.

—Parece que vamos hacia Siria —dice Jero.

Sollozo convencida de emprender un viaje sin retorno. Soy un manantial de lágrimas. Mi familia política gime, con excepción de la pequeña Rezan. Agotada, se ha dormido en los brazos de su madre. En cada vehículo del convoy los pasajeros lloran a lágrima viva, un llanto casi tan caldeado como el aire. Formamos una caravana de lamentos que avanza en este fuego ardiente del verano iraquí. Su recorrido acaba a la altura de un cruce con tres direcciones: la presa de Mosul, la frontera siria y la ciudad de Sinyar. Por encima de la señal que indica la presa hay una fila de banderas negras. Debe de ser señal de su importancia para ellos.

—Fin del viaje. Todo el mundo abajo —aúllan los yihadistas.

Circulamos parachoques contra parachoques antes de estacionar como podemos a un lado de la carretera. Los soldados nos encarrilan y nos amontonamos como un rebaño al pie de una loma.

—Los hombres continúan hacia la carretera, las mujeres y los niños no se mueven —repiten los soldados—. ¡Daos prisa!

Jero no puede elegir: avanza. A los reacios los muelen a golpes para dar ejemplo. Una BKC, una metralleta rusa antigua, nos apunta desde el techo de un todoterreno.

Amsha, mi suegra, implora:

—Dejadme a mi marido, estoy enferma, lo necesito.

Recibe un culatazo en las caderas. Jero tiene apenas tiempo de abrazar a sus dos hijas; lo empujan a la fila de hombres antes de que pueda reconfortar a Amsha. Ha abierto los brazos con las manos abiertas en señal de indignación y despecho. El yihadista le apunta, dispuesto a derribarlo para dar ejemplo con una ráfaga.

—¡Avanza y *sed halgak* («calla la boca»)!

Centenares de hombres —jóvenes, adultos en la plenitud de la vida y viejos, todos mezclados— caminan sobre la carretera de asfalto, al rojo vivo por el sol, en su zénit. Pueden ser unos trescientos. Cientos de mujeres y niños los miran alejarse con el corazón partido. Somos al menos quinientos.

—¡Van a fusilarlos! Van a matarlos y a echarlos a algún foso.

Todas tememos lo mismo. Nos lo susurramos unas a otras. Algunas mujeres, las más audaces, se deciden a subir a lo alto de la loma; quieren ver adónde se han llevado a los hombres, pero les dan alcance y las vuelven a coger. Algunas consiguen llegar hasta la cresta y, al volver, nos cuentan:

—Suben a unos autobuses, otros se van a pie.

Estamos divididas entre el alivio y el terror.

¿Adónde van? Misterio.

Los yihadistas son de disparo fácil. Los tiros al aire marcan las órdenes.

Empieza una nueva operación de clasificación. Nos seleccionan como el grano, escogiéndonos según unos criterios que rápidamente comprendemos. Las mujeres, jóvenes o maduras, a un lado; las viejas, las madres y los niños, al otro. A mí me clasifican junto con Amina, mi cuñada de doce años, en la primera categoría; a mi suegra, Nesrine y Rezan, en la segunda. Amina y yo aprovechamos la agitación para acercarnos a la camioneta, a cuya parte trasera las hacen subir entre otras mujeres con niños. Un yihadista con vestimenta militar se pone a aullar, pero sigo avanzando hacia ellas. Me dispara a los pies con la Kaláshnikov. Las balas silban y rebotan. Tiene el cabello largo, la barba tupida, la mirada sombría. Retrocedo. En cuanto me da la espalda, repito la operación. Vuelvo a mis maniobras de acercamiento y corro hacia el vehículo. No quiero irme con las mujeres que pasan por estar solteras o sin niños. Esta vez me coge por el brazo tras una corta persecución y me lleva a rastras junto a Amina.

—Queremos quedarnos en familia. Déjame ir con mis «hermanas» o mátame.

Le hablo en árabe. Me mira con insistencia durante un buen rato sin responderme.

—Emir Abu Musa, el convoy de mujeres está listo. Despejamos esto cuando quieras —interviene uno de los esbirros.

Él esgrime su sable:

—Tú y tú, venid; si no os decapito. Vuestra familia no nos interesa. La van a liberar. Vosotras os quedáis.

Lo seguimos hacia uno de los autocares de «muchachas guapas». El motor se pone en marcha, las puertas ya están cerradas. Arranca y toma la dirección de Siria, con las cortinillas echadas. Nos empujan a una camioneta. Me monto en

la parte de atrás y le doy la mano a Amina para ayudarla a subir.

—¡Vamos! —dice Abu Musa mientras se aleja hacia su Hummer.

Estamos apretadas hasta el punto de no poder sentarnos, ni siquiera de poder doblar las piernas. No puedo moverme. Me vencen los calambres. Somos alrededor de cuarenta mujeres y chiquillos en esta camioneta. Las madres sujetan a los pequeños entre las piernas. La comitiva de camionetas y furgones levanta nubes de polvo. Los niños se sofocan; las madres los levantan a veces sujetándolos con los brazos. La carretera está sembrada de cadáveres. Todos civiles, sin duda yazidíes que cayeron en su huida, ayer o esta mañana.

—¿Os habéis fijado en que el que conduce es un yazidí? —dice una pasajera dirigiéndose a las que están cerca.

—No te hagas ilusiones, no cambiará nada. Son prisioneros que han tomado como criados. Deben de andar escasos de chóferes —suspira una mujer.

Es un trayecto de lo más penoso. Vamos muy apretadas; el calor, los baches de la carretera, el sudor, la angustia, todo nos menoscaba.

Parece que llegamos a destino.

Entramos en Sinyar. También aquí yacen cuerpos en charcos de sangre seca. Un olor a carroña se desprende de los cascotes y de las marañas de vehículos reducidos a chatarra.

La ciudad está bajo el control del Estado Islámico. El orden que reina es el suyo.

—¡Caminad hasta el tribunal! ¡Allí decidirán vuestra suerte!

Entramos en un edificio de dos pisos saqueado; es la sede

del PDK, el Partido Democrático del Kurdistán, el movimiento kurdo. Hay mesas de madera lanzadas por las ventanas ardiendo en el patio, donde tenemos órdenes de esperar. Parece el centro donde reúnen a las yazidíes. Ya hay un centenar de prisioneras. Llegan constantemente, de todas las edades, con o sin niños.

Un guardia me designa para formar parte del equipo encargado de limpiar el sitio. Retiro los escombros de una estancia donde estaban guardados los archivos. Páginas de los archivadores desperdigadas se mezclan con trozos de cristales rotos. Aquí estoy, haciendo la limpieza.

Me vuelven a llevar al patio.

Hacia las seis de la tarde unos soldados que no había visto hasta ahora vienen a pasar revista. Examinan más de cerca a sus presas, con el deleite de ladrones que calibran el botín. Nos miran los ojos. Quieren a las que tienen iris claros. Nos sujetan por la barbilla, nos aprietan las mandíbulas para que les mostremos los dientes. También nos palpan. Las muchachas de ojos verdes o azules son sus preferidas.

Actúo como si tuviera un retraso mental; contraigo los músculos de las mandíbulas y dejo que la boca me babee y que los ojos giren sin control, un viejo truco de chiquilla que practicaba con mi amiga Dagan para asustar a los más pequeños. Los yihadistas se apartan con asco. Se llevan a media docena de muchachas.

Un gordo barbudo vestido con un *qamiz* rojo y pantalones tres cuartos se desfoga escupiendo una sarta de injurias. Aúlla sin parar.

Los mismos tipos vuelven más tarde, durante la noche, a buscar a seis hombres que estaban encerrados en un trastero. Los prisioneros se van con las manos esposadas a la espalda, los ojos vendados, la cabeza baja.

Hacia las once de la noche nos traen un arroz mal cocido en unos barreños. Lo sirven con tortas de pan duras como piedras. No he comido nada desde el amanecer, pero el arroz no me pasa. Empieza a hacer frío. Un adolescente imberbe de unos quince años con una manga de riego en la mano empapa el suelo. A su paso va dando empujones a las cautivas. La tierra batida rebosa de agua. Se ríe.

—¡Ya está! Ya podéis acostaros.

Me siento en un charco. El suelo acabará por secarse. Estoy tiritando de angustia.